Aves Canoras en el Arbol

Jao Yan

Aves Canoras en el Arbol

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PEKIN

Primera edición 1974
Segunda edición 1977

El presente libro reúne seis cuentos infantiles del escritor Jao Yan, que pinta con cariño diversas escenas de la nueva sociedad rurál. Sus protagonistas — jóvenes como el abnegado Tawang o la cuidadosa Yu-ling, o niños como el insistente Er-wang o el ingenioso Siao-chai — son personajes nutridos en el amor a la comuna popular y guiados por sus principios. Las ilustraciones de estas páginas también contribuirán a despertar el interés de los jóvenes lectores.

Impreso en la República Popular China

El saltamontes ventrudo

Er-wang está comiendo, cuando de pronto oye el canto de los saltamontes.

"Kuo, kuo, kuo", ¡qué bien cantan!

Ladeando la cabeza, presta atención al canto; cuanto más escucha, más ganas tiene de escuchar. Deja el tazón y se lanza afuera.

— No te vayas sin acabar de comer, dice el padre.

— Ponte la chaqueta antes de salir, le aconseja su mamá.

El niño no presta atención a las palabras paternas. Como un cordero encerrado una noche entera, sale de casa dando cabriolas y brincos.

¿Dónde canta el saltamontes? El niño levanta la vista y busca un momento entre las armaduras de las calabazas. No está allí. Busca

un buen rato gateando por entre el cerco cubierto de tallos de judía. Tampoco lo encuentra. Escucha muy atento y sigue la dirección del canto hasta cruzar el portón y dejar el patio. Levanta la cabeza. "¡Qué bien! Allí está."

Al frente se levanta el caserío de Kui-kui, tras cuyo portón crece una acacia de la que cuelga una pequeña jaula hecha con corteza de cañas de sorgo; en su interior canta alegremente un saltamontes ventrudo de color verde claro.

Er-wang trata de tocar la jaula, pero lo detiene la voz de Kui-kui sentado junto al portón:
— No la toques. ¿O no sabes que es mía, mía?

El niño retira el brazo automáticamente, llega hasta Kui-kui y le sonríe: — Juguemos juntos con este saltamontes. ¿Qué te parece?

— No.

— ¿Ni un momentito?

— No. Ni un momentito. Todo por culpa de tu hermano mayor. Estábamos en el campo cazando saltamontes, cuando el muy entremetido fue a cuchichear donde el jefe del equipo diciéndole que estábamos pisoteando las plantas de soja. El jefe nos hizo salir, y si no fuera por eso hubiéramos podido cazar varios. ¡Tu hermano siempre metiéndose en los asuntos ajenos!

Er-wang se disgusta al oir hablar mal de su hermano, y quiere contestar algo; pero teme que Kui-kui no le deje observar el saltamontes, y calla. Empieza a rondar la jaula, y las ganas de jugar con el bicho le hacen chuparse los dedos. ¡Cuánto le gustaría tener un animalito semejante!

El año pasado Er-wang había tenido uno, cazado por su padre en un campo de soja. ¡Y era tan bueno! Ventrudo, de patas largas, dientes afilados como pinzas y alas transparentes como el vidrio; le habían quedado incluso dos largas antenas que el bicho movía con frecuencia, produciendo un sonido muy agudo, "kuo, kuo, kuo", tan sonoro que a la gente ensordecía; muy valiente, cantaba día y noche, y cuanto más fuerte el sol, más sonoro era su canto. El padre le había hecho una pequeña jaula en forma de tambor achatado, semejante a un gran cangrejo, pero nadie hubiera imaginado entonces que al llegar el invierno el bravo cantor moriría. Er-wang lloró de pena, y no volvió a tener más saltamontes.

Er-wang, meditabundo, alarga inconscientemente el brazo para tocar la jaula.

— Lárgate, lárgate. He dicho que no quiero que juegues con mi saltamontes, grita enfadado Kui-kui, dándole un empujón.

El niño pierde el equilibrio y cae sentado.

En ese momento llega una voz del otro lado del murito: — No riñan, no riñan.

Es Ta-wang, el hermano mayor de Er-wang, alumno del tercero de primaria que desde el año anterior lleva el pañuelo rojo. Porta al hombro un trinche de madera y una hoz en la mano, llega gritando hasta el pie de la pared, salta por una brecha, y ya lo tenemos de este lado, ágil como una cabra. Al llegar frente a los niños deja lo que tiene en las manos y levanta a Er-wang, le limpia el polvo, le pregunta si está bien y el porqué de la riña.

— Quería echar una miradita a su saltamontes, y él me empujó, responde el hermanito con voz llorosa.

— Te empujé porque tocaste mi jaula, interviene Kui-kui.

— Tú eres mayor; no debes pelear con él. Si le hicieras daño, ¿qué harías luego? dice Ta-wang al dueño de la jaula y del insecto.

— ¡Qué me importa el daño! ¡Quién te mandó decir al jefe que estábamos cazando saltamontes! contesta Kui-kui.

— Ustedes estaban pisoteando sojas del equipo de producción, ¿y todavía me criticas por que se lo dije al jefe? responde Ta-wang.

— ¡Qué gran hazaña la tuya! Te metiste en asuntos ajenos sin ser siquiera un cuadro dirigente, le dice Kui-kui en tono burlón.

— Todos los comuneros tienen derecho a intervenir.

— Eso no te corresponde; seguiré haciéndolo. ¿Qué vas a hacer? dice Kui-kui adrede, haciéndole subir la sangre a la cabeza.

— A ver si te atreves a ir otra vez. Los maestros en la escuela me han dicho que no se debe pegar a los demás. Si no, te daría un buen puñetazo, dice Ta-wang lívido de rabia.

Con el respaldo de su hermano, Er-wang se envalentona; apretando su pequeño puño, enfrenta a su rival: — ¡Pégale, pégale!

— No reñiremos, eso es de niños malcriados, interviene Ta-wang. Luego parte con su hermanito, llevándose la hoz y el trinche de madera.

Er-wang sigue a su hermano, pero vuelve de vez en cuando la cabeza para mirar la jaula. Al llegar a casa pide a su papá que le cace un saltamontes.

— No tengo tiempo para eso, hijito; necesito ir a recoger mijo, le responde su papá.

Inmediatamente Ta-wang le entrega la hoz, y le dice: — Papá, no tenía filo y la he afilado. Anda pronto a recoger el mijo.

Entonces Er-wang le pide el saltamontes a su mamá, pero ésta responde: — Voy a la trilla. Estoy ocupada y no tengo tiempo para juguetear contigo.

— Mamá, tu trinche estaba mal, lo he reparado; anda pronto a la trilla, exclama Ta-wang alcanzándole la herramienta.

El padre está satisfecho, y también la madre; ambos elogian a Ta-wang: su hijo mayor entiende las cosas.

El padre con la hoz afilada y la madre con el trinche arreglado, parten a trabajar.

Er-wang se atraviesa frente a la puerta con los brazos abiertos, impidiendo la partida de sus padres.

— Hermanito, obedece, déjalos partir, aconseja Ta-wang.

— Quiero saltamontes, insiste Er-wang.

— Bueno, yo voy a cazar uno para ti, uno enorme, le promete el hermano mayor.

— Y una jaula, añade el pequeño.

— Bien. Le haré una, una muy, muy bonita. Sólo así deja marchar a sus padres.

Hoy es domingo. Ta-wang habría querido ir con su papá a recoger el mijo, ir a la trilla con su mamá, y además ir en carro a traer la cosecha del campo. Pero ahora tiene que salir a cazar saltamontes. Ta-wang siente mucho cariño por su hermanito, jamás lo hace llorar, y si tiene algo de comer le guarda siempre una parte. Es capaz de hacer cualquier cosa por alegrarlo, y ahora quiere llevarlo a cazar saltamontes, y hacer una jaula. Sólo después de cumplir esta promesa, irá a trabajar.

Cuando los hermanos se disponen a salir oyen unos ruidos, vuelven la cabeza y ven que el cerdo está empujando la puerta del corral con el hocico. Sí, el cerdo sigue hambriento. Es la madre quien alimenta al cerdo todos los días cada vez que vuelve del trabajo, cuando ya todo el mundo descansa; y no bien termina, le toca volver nuevamente al trabajo. Es una tarea penosa.

— Hermanito, reemplacemos a mamá. Alimentemos al cerdo, y nos iremos a jugar después, dice el hermano al pequeño, y parte con la cubeta del animal.

— Vamos, vamos, vamos a cazar el saltamontes, porfía Er-wang siguiéndolo y lloriqueando a cada paso.

Después de alimentar al cerdo, Ta-wang lleva a su hermanito afuera. Por un descuido, un tallo de vainitas se le engancha en un botón del traje. Al agachar la cabeza, nota que los surcos de la huerta ya están agrietados. Bien, hace falta regar la col. Nuestro padre dice siempre que no se puede demorar el trabajo colectivo por unos cuantos quehaceres de la familia, y por eso riega las verduras a su vuelta, por la noche. ¡Cuánto trabajo para papá!

— Er-wang, vamos a ayudar a papá regando las verduras, le dice, y vuelve corriendo al patio, toma el pequeño cubo de agua y se dirige hacia los surcos.

— Vamos, vamos, vamos a cazar el saltamontes, insiste a cada paso Er-wang.

Terminado el riego de las verduras, Ta-wang se seca el sudor de la cara y vuelve la vista hacia el patio, donde descubre muchas cosas por hacer, entre ellas recoger vainas y limpiar el lugar. Pero al ver al chiquitín tan disgustado, no le queda más que acompañarlo.

Salen y se dirigen hacia el norte para cazar saltamontes en la ladera de cierta colina silvestre, pues por un bichito no quieren dañar los cereales de la colectividad.

Y están a punto de llegar, cuando oyen a lo lejos los gritos del jefe del equipo:

"¡Ea!, ¡ea!, va a cambiar el tiempo, y en el campo de trilla exigen más gente; venga quien pueda," y muchos ancianos y ancianas cargando aperos acuden de inmediato a trabajar.

Sin darse cuenta, Ta-wang lleva a Er-wang de la mano hacia el campo de trilla.

Allí reina una gran animación: entre apretadas parvas de maíz y de mijo, vecinas como pequeños montes que los comuneros deshacen, unos con trinche, otros con rastrillo; también está allí Chen, la maestra de Ta-wang, dirigiendo a sus alumnos en el acarreo de las pajas de soja.

Ta-wang corre hacia ella y le pregunta:
— Maestra, ¿por qué deshacemos tanto?

— El observatorio meteorológico pronostica que dentro de tres días lloverá a mares, le explica la maestra. Aprovechamos el buen clima de estos días para terminar de trillar la soja que hay, y dejar libre el lugar para traer más soja de los

campos. Así evitaremos problemas con los cereales.

Ta-wang salta de susto al enterarse. Todas las plantas de soja del equipo han sido cortadas y puestas al sol; si la lluvia las hace brotar, sería una lástima.

— Vamos a ayudar a deshacer las parvas. Después de terminar iremos a cazar. ¿Qué te parece? consulta al hermanito.

— ¡No y no! Me has prometido cazar saltamontes, y me has engañado, responde el niño entre pucheros. No quiere soltarlo, y permanece aferrado a su traje.

— Anoche dijiste que querías ser un buen comunero cuando fueras grande; eran puras fanfarronadas, le reprocha Ta-wang.

— ¿Cuáles fanfarronadas? replica el pequeño poco convencido, enderezando el cuello.

— Ni siquiera quieres proteger la cosecha de la comuna, ¡valiente comunero has resultado! sigue diciendo Ta-wang.

Er-wang parpadea y calla.

El mayor no quiere decir nada más; ordena al pequeño que lo espere allí ahuyentando gallinas. Con un trinche entre las manos, llega ante una parva de soja.

Este es un montículo muy alto que alcanza la punta de un árbol. Las pajas están demasiado apretadas y es muy difícil separarlas, tanto con trinche como con rastrillo. ¿Cómo resolver el problema? Si no se las separa no se podrá trillar.

— Que suba una persona, propone el jefe.

Está a punto de traer una escalera cuando oye una voz desde arriba: ¡hola, no hace falta!

La gente alza la vista y ve a un chico encaramado entre las ramas del árbol. ¡Es Ta-wang!

Al descubrir que los comuneros estaban en dificultades, Ta-wang había tenido una idea: dejar el trinche y subir al árbol.

— Esperen abajo. Voy a separarla desde arriba y ustedes pueden extenderla desde abajo, dice Ta-wang a los presentes.

Ven al muchacho trepar hasta la punta de una rama inclinada sobre la parva. Se cuelga de ella con las manos, dejando libres las piernas, y luego se deja caer sobre la paja justo en el blanco.

Todo el mundo ríe a carcajadas. El jefe lanza un trinche al chico, y éste empieza a desmontar la paja desde arriba mientras los comuneros lo hacen desde abajo. En pocos instantes el campo se llena de trilla, y poco tiempo pasa antes de que desaparezca la parva de soja. Pero entre estos dos

"pocos" en realidad ha pasado la mitad del día. Cuando Ta-wang termina el trabajo y va a buscar a su hermanito, ya es mediodía. Pero el pequeño no está en las inmediaciones del campo de trilla; lo llama en voz alta, pero nadie responde.

Corre a buscarlo a casa, pero nada; corre a la oficina del equipo, tampoco está; se dirige apresuradamente al criadero, pero allí tampoco. Ta-wang empieza a preocuparse seriamente y gotas de inquieto sudor le corren por el rostro.

Meditabundo, el hermano mayor se dirige a las afueras de la aldea.

Es mediodía, tiempo de descanso; el campo está desierto y el sol, fuerte como una hoguera cercana, calienta la paja de sorgo y la ya cortada paja de soja, tendidas en montículos sobre los surcos del campo.

El corazón de Ta-wang bulle de impaciencia como el agua en la olla. Seguramente el hermanito ha enronquecido de tanto llorar, y esto inquieta al muchacho. Tras caminar y caminar, le parece oir el llanto del pequeño. Sí, es la voz del hermanito; pero no llora, sino ríe.

"Ya te vi, ya te vi. Ja, ja, voy a ver hacia dónde quieres huir."

Er-wang está en los campos de cultivo, corriendo entre la soja cortada. Había estado esperando con impaciencia junto al campo de trilla, y llamado muchas veces a su hermano pero éste, absorbido por el trabajo, no oyó su voz. Entonces se pasó un rato espantando a las aves domésticas, y luego al sentir mucha sed, se fue corriendo a beber a casa. Al llegar a la puerta había oído otra vez el canto del saltamontes. Lástima que Qui-kui hubiera llevado la jaula al patio de su propia casa y cerrado la puerta. Er-wang sólo pudo oir el canto y de ninguna manera ver al maravilloso animal.

Entonces recordó que el tesoro de Kui-kui había sido atrapado en los campos de soja, y partió hacia allá, sin haber intentado entrar siquiera en casa para saciar la sed que traía.

Por todo el campo se oye cantar a los saltamontes, pero todos se ocultan, pues no quieren ser vistos por Er-wang. Donde el chico llega, los cantantes enmudecen; y en el lugar que deja, reaparecen los sonidos canoros. Er-wang oye unos cantos delante de un montón de paja de soja. Corre hacia allí, hurga un rato sin resultado, encuentra otro montón donde también cantan alegremente los saltamontes y se lanza sobre él. . .

Ta-wang divisa a Er-wang. Al principio se alegra, pero luego se sorprende y se acerca corriendo a su hermanito. Al alcanzarlo, no logra contenerse y grita: — ¿¡Quién te ha dado permiso para venir acá!?

Er-wang, sumido en la búsqueda, se sobresalta ante el grito inesperado. Al volver la cabeza y ver que es su hermano, exclama con entusiasmo: — Hermano, aquí hay saltamontes, hay...

Ta-wang, con las manos sobre la cintura, resopla de indignación y vuelve a gritar: — ¡Me importa un bledo! Has hecho que las sojas se desgranen y los granos caigan al suelo. Eres un, un...

El hermanito, sin comprender lo sucedido murmura: — Sólo estoy buscando saltamontes, no he hecho nada más.

Ta-wang remueve la paja sobre la cual descansa el niño, y exclama: — Abre los ojos, mira lo que has hecho; eres un mal niño.

El pequeño lanza una mirada perpleja, ve que debajo de la paja hay muchos granos de soja desperdigados, y vuelve la vista hacia su hermano, que tiene la cara roja como un sol y los ojos muy abiertos.

Entonces Er-wang llora, llora con mucha tristeza.

En otras ocasiones Ta-wang solía ablandarse al oir el llanto de su hermanito y lo consolaba; pero hoy está muy enfadado, y no sólo no quiere consolarlo, sino que ni siquiera lo mira. Se fija en los granos esparcidos por el suelo, reflexiona sobre si contarlo primero al padre o al jefe del equipo, da pensativo unos pasos y se vuelve al llegar al lindero del campo. Antes de regresar a la aldea, quiere recoger todos los granos desparramados por culpa de su hermanito.

Ta-wang está enojado. Da vueltas y vueltas alrededor de la soja. No tiene cesta ni saco. ¿Dónde guardar los granos? Piensa y piensa, hasta que se le ocurre una idea: se quita la chaqueta, arranca unas hierbas, ata con ellas ambas mangas, y empieza a recoger los granos. Primero traslada con cuidado el montecillo de paja a otro lado; luego se agacha y coloca los granos recogidos en las mangas. Va recogiendo a lo largo de un surco. El sol quema sus espaldas, pero él sigue su trabajo, decidido a recoger todos los granos caídos, y a proteger los bienes del equipo.

Termina con unos montículos y pasa a otros. Al levantar la mirada, ve a su hermanito

atareado en no se sabe qué cosa. Avanza unos pasos y ve que el pequeño también está recogiendo granos.

Er-wang se había ofendido por los gritos de su hermano. Al principio no había comprendido por qué le gritaba tanto. Después, cuando vio a su hermano recogiendo cuidadosamente los granos a pleno sol, comprendió el error cometido. Entonces cesó de llorar y empezó a sentir vergüenza; quiso llorar de nuevo, pero no lo hizo: consideró que mejor sería aprender de su hermano. Tras cambiar su actitud, se agachó y empezó a recoger también los granos. Lástima que no tenga cesta, bolsa de tela, y que además no lleve ni siquiera chaqueta. ¿Tal vez quitándose el pantalón? Horror, no. El próximo año irá a la escuela. ¡Qué vergüenza sería! Tras pensar un momento se le ocurre quitarse los zapatos y guardar allí los granos recogidos. . .

Ta-wang observa a Er-wang y su indignación desaparece; incluso llega a pensar que no debió haberse comportado así con su hermanito. El pequeño es un buen niño y es necesario corregir sus faltas con paciencia, en vez de enfadarse con él.

Llega donde Er-wang y le dice: — Eres un buen niño. ¡Cuánto trabajo ha costado plantar esta soja! No se debe jugar dañando las plantas.

Er-wang no levanta la vista y permanece mudo, pero sus pequeñas manos se desplazan con más rapidez entre los surcos.

— Er-wang, anda a refrescarte un rato bajo la sombra de ese árbol, yo te reemplazo, dice el mayor.

— No, yo también debo recoger, responde el pequeño.

Entonces Ta-wang corre hacia el borde del campo, arranca una hoja de ricino y la coloca sobre la cabeza de su hermano para protegerlo del sol.

Ambos continúan trabajando sin decir una sola palabra; después de haber recogido todos los granos regresan a almorzar.

Se ignora quién lo ha divulgado. El contador del equipo de producción ha compuesto una balada sobre el tema, y la ha publicado en el periódico mural para elogiar a los muchachos. Ambos niños la ven al salir de la oficina del equipo, tras haber entregado la soja recogida.

Ta-wang, que conoce los caracteres, lee y parte de allí avergonzado. Er-wang no comprende de qué se trata y pide al contador que le lea. Al principio el niño comparte la vergüenza de su hermano, pero luego se siente orgulloso, y vuelve a casa satisfecho.

Después del almuerzo, los padres van a su trabajo. Ta-wang desaparece y Er-wang sale de la casa. Kui-kui, de la familia de enfrente, vuelve a colgar su jaula maravillosa del pequeño árbol. Y el saltamontes canta "kuo, kuo. . ." ¡Pero qué bonito!

Er-wang siente un escozor, pero voltea la cabeza con fuerza, se tapa los oídos y se aleja de allí a toda velocidad, corriendo hacia el campo de trilla. Decide trabajar allí mismo, así no encuentre a su hermano.

Todo el mundo descansa al mediodía, mientras Er-wang toma una pequeña cesta y recoge los granos que se han desperdigado afuera. Al poco rato tiene la cesta casi llena. Quiere echar los granos al montón, pero piensa que primero debe mostrarlos a su hermano, quien seguramente se sentirá contento.

Vuelve a casa, y al cruzar el umbral lo sorprende, en el patio, un canto como "kuo, kuo. . ."

¡Qué bien canta! Entra. Levanta la vista y ve una jaula nueva colgada entre las estacas de calabaza. Dentro hay un saltamontes muy ventrudo.

Su hermano está sentado junto la puerta del cuarto, vendándose el dedo que por descuido se hirió al hacer la jaula.

Er-wang comprende, se abalanza hacia su hermano y lo abraza con fuerza.

"Kuo, kuo, kuo. . .", ¡qué dulce es el canto del ventrudo saltamontes!

La gallina coloreada

A Fan-fan le encanta comer huevos.

La abuela le compró una gallina de alas multicolores, cola negra y un copete sobre la cabeza, similar a los cortos cabellos de Fan-fan.

La anciana pidió a su nieta que criara bien a la gallina, prometiéndole que cuando ésta llegara a ser una ponedora le prepararía todos los huevos de su nido.

Fan-fan es una niña laboriosa. Cada día, muy de mañana, suelta a la gallina y por la noche, tras alimentarla bien, la encierra en el corral.

El ave va creciendo poco a poco y su rostro enrojece cada día más, como cuando el abuelo toma vino. Según la abuela, si ya se ruboriza pronto pondrá huevos.

Por eso cada día Fan-fan echa una mirada al corral, pero el nido continúa vacío.

— Abuela, ¿por qué aún no pone huevos la gallina? preguntó un día Fan-fan.

— Los pondrá antes si le das alimentos vivos, dijo la anciana.

— ¿Cómo qué?

— Insectos, saltamontes. . . ese tipo de bichos.

— Voy a cazarlos entonces.

— Ella misma sabe cazarlos; sólo necesitas llevarla al campo.

La casa de Fan-fan está al oeste de la aldea; frente a su puerta se extiende una ladera cubierta de hierbas y flores, tras la que comienzan las vastas tierras cultivadas.

Inspirada por las palabras de su abuela, Fan-fan lleva a su gallina a una ladera.

Allí la hierba rebosa de saltamontes y otros insectos; para la gallina coloreada es un campo deportivo, un inmenso comedor; está muy a gusto y se harta diariamente.

El ave sale a picotear por la mañana y no vuelve hasta la caída de la noche.

Pero un día la gallina volvió a casa antes del mediodía, se echó en su nido y no quiso moverse más.

— Abuelita, seguro que la gallina está enferma, comentó muy preocupada Fan-fan.

— Mi tontita, ella te pondrá un huevo, respondió sonriendo la anciana.

Paciente, la niña trajo un banquillo y se sentó ante el nido a contemplar. El tiempo pasó lentamente y el fuerte sol hizo correr el sudor por el rostro de la atenta observadora. Cuando quiso entrar al cuarto a beber agua, la asustó el cacareo que salía del nido: "¡Cocorocó!, ¡Cocorocó!"

La gallina coloreada abandonó el nido y continuó el cacareo levantando el pescuezo hacia la chica.

Posando la mirada en el nido, vio que sobre la paja seca descansaba un huevo blanco y casi esférico. La niña sacó y sostuvo en la mano el huevo aún caliente.

Desde entonces, cada día después de sus hartazgos en el campo, el ave ponía a Fan-fan un huevo grande.

Un día, después de la reunión del equipo de producción, la abuela llamó a la nieta: — Fan-fan, voy a decirte una cosa.

La niña acudió al llamado comiendo un huevo duro.

— Después de cosechar el trigo, sembraremos maíz. El equipo me ha encargado cuidar a los gallos, ovejas y los otros animales para que no picoteen ni destruyan las semillas y los brotes. Por eso, debemos también encerrar a nuestra gallina en un corral.

Fan-fan comprendió que una gallina, además de insectos, suele buscar otros comestibles o revolcarse en el campo. Cuando se siembra el maíz y este brota es precisamente el momento en que más debe vigilarse a las aves. Cómo comunera, debía proteger los sembríos. Al considerarlo, la chica asintió con la cabeza.

— En un corral la gallina pondrá menos huevos, ¿eso no te disgusta?

— No, dijo la niña, algo meditabunda.

— Sí, eres una buena niña. La abuela estaba muy contenta con su nieta. — Una niña así ama a la comuna. Cuando los cultivos crezcan altos, podrás soltar de nuevo a la gallina.

Cercada en el patio, la gallina levanta una polvareda en señal de descontento. Cuando la niña quiere salir, el ave se echa a correr detrás de ella; cuando cruza el umbral cerrando la puerta, el animalito aún trata de salir. La niña la

ahuyenta, pero la plumífera, sumamente contrariada, cacarea mucho. A pesar de todo esto, la chica acude diariamente a vigilar a los gallos con su abuela y ahuyenta a todos los animales que tratan de trepar por la ladera.

Cuando su abuela vuelve a casa para preparar el almuerzo, Fan-fan se une a sus amiguitos Siao-sing y Yuan-yuan, para hacer la vigilancia vespertina.

Uno en el lado este del campo, otro en el oeste, y el tercero en el centro, los tres amiguitos, con los ojos bien abiertos, fijan su atención en las nocivas bandadas de gallos. Actúan con marcialidad, como tres pequeños combatientes del Ejército Popular de Liberación.

Las mariposas se arremolinan agitando las alas, pero ellos no van a cazarlas.

Los saltamontes brincan por el aire, pero ellos no van a agarrarlos.

Pero entonces ocurrió un accidente. Aquel mediodía hervía de calor y los que trabajaban en el campo aún no habían vuelto. Reinaba en los caminos un silencio absoluto. Los tres niños estaban de guardia y, de pronto, una bandada de gallos lanzó un ataque sorpresivo a la ladera, avanzando por ambos flancos al mismo tiempo.

En la linde oeste, Yuan-yuan trenzaba su sombrero de mimbre con la mirada clavada en el camino, sin prestar atención a los animalitos.

Y estas aves, con un gallo enorme a la cabeza, rondaron la ladera hasta que, aprovechando la ocasión, irrumpieron en el maizal y cavaron la tierra con las patas para picotear las semillas.

Recién enterradas en la húmeda capa vegetal, las semillas empezaban a brotar y saldrían al aire unos días después. Si en ese momento hubieran sido tocadas por los gallos, habría sido el fin de las mazorcas otoñales.

Fue Fan-fan, cuyo puesto era el centro del campo, quien descubrió a los gallos invasores y gritó en seguida — ¡Eh, Yuan-yuan, allá entran los gallos!

Al volver la cabeza, Yuan-yuan quedó impresionado y se apresuró a ahuyentarlos agitando el sombrero de mimbre. Pero mientras más la espantaba, más penetraba la bandada abominable. Yuan-yuan, enfurecido, cogió piedras para arrojarlas.

— Yuan-yuan, ¡no los apedrees, basta con expulsarlos! gritó Fan-fan al ver lo que sucedía.

Pero antes de que las palabras salieran de su boca, las piedras volaron hacia los invasores,

cayendo una sobre el que iba a la cola, que quedó tendido en el suelo agitando las alas y el resto huyó del maizal estrepitosamente.

El ave herida ya no podía moverse.

Los tres amiguitos acudieron al sitio. Era una gallina coloreada, que entrecerró los ojos y suspiró con dificultad. Al parecer moriría pronto.

— Miren, ¡qué buena puntería tengo! dijo Yuan-yuan con orgullo y aplaudiendo.

— ¡Nada de puntería, mira, va a morir! replicó Fan-fan.

— ¡No importa, qué diablos! ¡Quién le manda dañar los cultivos del equipo de producción! dijo Yuan-yuan.

— ¡Qué comprenden los gallos! ¡El jefe del equipo nos pidió solamente vigilarlos, y no matarlos! Mira, ¿de quién es esta gallina? añadió Fan-fan.

— Es del Viejo Abuelo, contestó Siao-sing mezclándose en la disputa.

Yuan-yuan miró con atención y comprobó que de veras era del Viejo Abuelo.

El Viejo Abuelo es padre de un combatiente. Los padres cuentan a menudo a los niños que el hijo del Viejo Abuelo es un soldado fronterizo

que defiende la seguridad de la patria, y que por eso deben respetarlo y ayudarlo. Ahora Yuan-yuan ha dado muerte a su gallina, ¿qué hará?

Yuan-yuan se echó a llorar. Entre sollozos, murmuró a Fan-fan: — Es tu culpa, pues tú me has llamado a vigilar los sembríos contra los gallos.

— Todos somos comuneros y debemos hacer algo por la comuna. ¡No soy yo quien te mandó matar a la gallina!

Esto hizo aumentar los sollozos de Yuan-yuan.

Fan-fan bajó la cabeza, meditó un poco, y aconsejó a Yuan-yuan: — ¡No llores más, tengo la solución! ¡Vigilen con atención aquí a los gallos!

Dicho esto echó a correr y, entrando a su casa, buscó a la gallina coloreada.

¡La gallina estaba poniendo un huevo en su nido!

Cuando quiso sacarla, la abuela, que estaba preparando la comida, salió a su encuentro: — Fan-fan, ¿qué pasa, la gallina está poniendo?

— La gallina del Viejo Abuelo entró en el maizal para picotear semillas y ha sido muerta por . . . por . . ., balbuceó la niña.

— ¿Eres tú quien la ha matado? preguntó sorprendida la anciana.

Apretando los labios, la chica no dijo nada.

— ¡Qué tal niña! Si los gallos se meten en la tierra, solamente debes espantarlos, no hacerles daño, dijo la abuela descorazonada.

— Yo pagaré al Viejo Abuelo con mi gallina coloreada, dijo la niña forzadamente.

— ¿No vas a comer más huevos?

La niña movió la cabeza.

—Sí, así se hace, declaró con satisfacción la anciana.

Con la gallina en brazos, Fan-fan encontró en la puerta al Viejo Abuelo, quien venía trayendo de la mano a Yuan-yuan; éste también llevaba una gallina e intentaba sacudirse del Abuelo.

Al ver lo que ocurría, Fan-fan se apresuró a decir: — Viejo Abuelo, suelta a Yuan-yuan. Soy yo quien ha matado tu gallina, compensaré la pérdida con la mía.

Y diciendo estas palabras la niña avanzó y colocó su gallina en los brazos del Viejo Abuelo, que estalló en carcajadas, lo cual despertó en Fan-fan y en su abuela que venía detrás, cierta incertidumbre.

La abuela se adelantó pidiendo disculpas: — Fan-fan es una niña que aún no comprende las cosas; cómo le voy a decir. . .

— Hermana mía, usted se equivoca. No es Fan-fan quien lo ha hecho.

Yuan-yuan interrumpió al Viejo Abuelo: — ¡He sido yo! ¡Fui yo!

— También Yuan-yuan me trae su gallina como compensación. . ., continuó diciendo el Viejo Abuelo.

Sólo en ese momento Fan-fan vio claramente que Yuan-yuan llevaba en brazos a la gallina coloreada más ponedora de su casa, y exclamó: — ¡No, no! Soy yo quien tiene que compensar el daño, Viejo Abuelo. Toma mi gallina.

— ¡No! Soy yo el que debe compensar el daño, Viejo Abuelo. Toma la mía, exclamó también Yuan-yuan.

— No disputen más. Ninguno de los dos va a compensarme nada. Mi gallina ha sido herida y es probable que sobreviva. Si acaso muere, tampoco les permitiré ninguna compensación. Es correcto que hayan tomado en serio la vigilancia para evitar que los gallos destruyeran los sembríos, dijo sonriendo.

— Es mi culpa pues. . ., dijo Yuan-yuan inclinando la cabeza.

— La culpa es mía. . ., interrumpió Fan-fan.

— No tienen la culpa. Lo que ha sucedido se debe a que no encerré bien a esos gallos. Ahora, voy a conseguirles cañas largas de bambú, con las cuales podrán ahuyentar a los gallos de ahora en adelante, sin necesidad de tirarles piedras, terminó diciendo el Abuelo.

— ¿Por qué los alientas si han herido a tu gallina? pregunta riendo la abuela.

— Yo los premio, pero no por haber herido a mi gallina. Son buenos niños que protegen los sembríos de la comuna, por lo cual deben ser premiados, explicó el viejo.

Fan-fan miró a Yuan-yuan y éste miró a Fan-fan. Ambos niños se echaron a reír.

Grandes muñecos de nieve

El viento cesa y la nieve no cae. Al este, entre claros de nubes, se divisa el color anaranjado del disco solar.

"Tu . . . tu, tu . . .tu", suena el silbato en la calle.

Yu-ling está alistándose: Cambia sus zapatos por unos viejos; venda bien las bocamangas de sus pantalones apoyando los pies en un banquillo; y se provee de pañuelo y guantes. Con estas prendas parece una verdadera comunera, aunque sólo tiene once años de edad.

Está dispuesta a ir con sus padres al campo para transportar la nieve.

Siao-chai, su hermano menor, está empezando sus estudios primarios, pero todavía es un niño irresponsable. No sólo es flojo para el trabajo sino que además trata de arrastrar a su hermana

a los juegos. Haciendo una mueca, gira en torno de ella y murmura: — ¡Ya no seré más tu amigo si no vienes conmigo a construir muñecos de nieve!

Yu-ling está nerviosa. En la escuela, cada miembro de su brigada de los Pequeños Guardias Rojos se ha trazado un pequeño plan para las vacaciones invernales: además de cumplir las tareas escolares encargadas por los maestros, deben ayudar al equipo de producción en su trabajo. Sin embargo en esta temporada no hay mucho trabajo, excepto algunas labores ocasionales, poco adecuadas a la cooperación infantil. ¡Y eso es lo que preocupa justamente a Yu-ling! No es fácil conseguir una labor como la de transportar nieve, ¡cómo no va a desear entonces la chica trabajar con entusiasmo junto a los comuneros! Por esto, trata de persuadir amablemente a su hermanito: — Obedece, Siao-chai, espérame en casa, construiremos muñecos de nieve a mi regreso, ¿de acuerdo?

El niño sacude la cabeza como una pandereta: — No, no y no. ¡La nieve estará derretida para cuando vuelvas!

— Pero tú sabes que ésta es una tarea muy importante. ¿No has oído lo que ha dicho papá? En otoño cae poca agua sobre estas regiones; si

ahora transportamos al campo la nieve de la pendiente, es igual que si le esparciéramos agua y así saldrán perfectos los brotes en la próxima primavera. Si llevamos la nieve al trigal, eso equivale a cubrir los retoños con una manta. Y el próximo año tendremos grandes panes cocidos al vapor. ¡Qué cosa tan buena! ¿No te parece?

— ¡No, no y no, yo quiero hacer muñecos de nieve!

La niña está enardecida, tiembla bañada en sudor.

El niño se impacienta hasta las lágrimas.

Los padres salen del cuarto norte llevando la pértiga al hombro y el cesto a cuestas.

— Yu-ling, quédate en casa, dice el padre.

— Sí, quédate en casa para jugar con tu hermano, añade la madre.

Siao-chai se siente feliz al oir las palabras de sus padres.

Pero Yu-ling tuerce la boca, disgustada.

Conversando y riendo, los comuneros se reúnen en la calle para marchar hacia la pendiente norte.

Una fila de traviesos chiquillos se asoma por la puerta.

— Yu-ling, ¿nos llevas a jugar?

— Yu-ling, ¿haremos muñecos de nieve?

— Sí, sí, responde Siao-chai en lugar de su hermana.

Esto pone a Yu-ling en un callejón sin salida. Sus ojos negros y lustrosos se clavan en la nieve del patio y empieza a meditar. Es una niña de ideas. Sabe hacer trabajar su cerebro ante cada novedad, y encontrar soluciones. Es una niña de muchos recursos. Con la mirada fija en la nieve, siente de pronto una luz en su interior y le viene una idea a la mente.

Yu-ling salta de gozo y dice a los amiguitos que están a la puerta: — Bueno, bueno, vamos a jugar a los muñecos de nieve. Vayan a buscar a sus compañeros, que cada uno traiga a dos. ¡Cuanto más seamos, mejor!

Siao-chai brinca de alegría: — Yo también voy, ¡yo puedo reunir a cinco amigos!

En seguida estallan en la calle las voces del llamamiento. Poco a poco, en las puertas abiertas van apareciendo los amiguitos que llevan gorros de algodón, pañuelos y vestidos de distintos colores. Todos ellos, pala en mano o cesto a cuestas, van a reunirse ante la casa de Yu-ling. Son unos 25 ó 26 niñitos.

Yu-ling es la mayor y la más capaz. Como es natural, ella guía al grupo, y ordena a sus hombres: — Ahora, cada tres forman un grupo y cada trío debe construir un muñeco de nieve, ¿qué opinan?

— Cada grupo construye tres, ¡y a ver quién lo construye más grande! dice el Gordito.

— ¡Yo solo puedo hacer ocho! grita Siao-chai.

— Construyamos primero dos muñecos, a ambos lados de las puertas de nuestras casas, como si fueran guardias, opina Siao-chen.

Todos están de acuerdo y aplauden.

— También estoy de acuerdo; que cada trío construya lo más posible, dice Yu-ling haciendo grandes guiños. — Sin embargo, debemos considerar que aquí en la calle la nieve está manchada por las pisadas. ¡Así quedarán muy feas las figuras hechas con nieve así! ¡Además, aquí es muy escasa y el lugar mismo no alcanza para tantas personas!

Todos miran a Yu-ling en espera de su decisión.

Yu-ling continúa: — Mejor es que vayamos a la huerta de hortalizas; allá la nieve es blanca y el lugar es más amplio. . .

— Bueno, bueno, allá es como un campo deportivo; el Gordito aplaude sin esperar que Yu-ling acabe. — ¡Formaremos una brigada entera de muñecos de nieve, dispuestos como gimnastas!

— Modelaremos las figuras en círculo, como si bailaran la "danza de la unidad", sugiere Siao-chen.

La columna de los chiquillos se pone en marcha. Siao-chai va a la cabeza, cantando. ¡Qué marcial se ve!

La huerta está bajo una gruesa capa de nieve, limpia de manchas y pisadas, blanca como la harina recién molida, suave como el algodón recién cardado. ¡Qué lindo sería revolcarse en ella!

A la orilla de la huerta Yu-ling mira alegremente este admirable espectáculo, y desfilan por su memoria los cuadros de las distintas estaciones. En primavera este terreno reverdece antes que los demás y las verduras crecen una tras otra a medida que van siendo cosechadas; en verano los tomates fructifican abundantes y son acumulados en la tierra; en otoño las coles chinas crecen altas como potros, y el equipo de producción se encarga de transportarlas a la ciudad; ahora, en invierno. . .

Los amiguitos se dispersan rápidamente para poner manos a la obra.

Pero Yu-ling los intercepta: — No usemos la nieve de aquí. Vamos a traerla desde los caminos y las zanjas, donde hay muchísima más.

Los chiquillos gritan alegremente a coro y vuelan, como una bandada de pájaros, hacia los caminos y las zanjas. La algarabía del juego sobre la nieve, los gritos y las risas despiertan a la huerta de su profundo sueño y la convierten en escenario de una vida intensa y bulliciosa.

Uno tras otro han sido construidos los muñecos de nieve. El del Gordito es el más alto; Siao-chai le pone al suyo dos bolas de estiércol como ojos y, además, le planta un puñado de paja como barba, que ahora flota a merced del viento. ¡Qué cómico es este cuadro! Siao-chen, por su parte, ha creado una figura de comunera muy hermosa. Con el rostro redondo y los cabellos cortos, lleva en sus brazos un atado de cañas de maíz, y Siao-chai le ha añadido una figurilla de niño gordo a cuestas. . .

Las nubes se dispersan y sale el sol que lanza su luz roja sobre los niños y los muñecos, ha-

ciendo más hermoso el campo. Tomados de la mano los niños bailan y cantan en torno a las figuras de nieve, ¡qué alegría!

En este momento, Siao-chai echa una mirada en dirección de la aldea, percibe la llegada del abuelo Wang, guardián de la huerta, y se espanta.

El abuelo Wang es un hombre muy severo y rara vez deja a los niños divertirse en la huerta. Quien quiera colarse allí, saldrá expulsado por los berridos del anciano.

Así pues, Siao-chai lanza gritos volviendo la cabeza: — ¡A correr, a correr, allí viene el abuelo Wang!

Cuando los chiquillos se disponen a correr, ya el abuelo Wang está al borde de la huerta.

— No salgan, no salgan, tengo algo que decirles, exclama el anciano.

Entra en la huerta, contempla uno tras otro el montón de muñecos de nieve, riéndose a carcajadas: — ¡Chiquillos, gracias, gracias, esta vez debo elogiarlos!

Los amiguitos se miran uno a otro sin comprender lo que ha sucedido.

— Han acumulado tanta nieve para la huerta que aniquilarán los insectos y preservarán la

humedad de la tierra. ¡Por cierto, han hecho un servicio a nuestro equipo!

— Hermana, tú. . ., dice Siao-chai tomando la mano a su hermana.

Yu-ling sonríe y calla.

— ¡Un buen niño debe aprender y jugar bien, y además ha de trabajar bien! sigue diciendo el abuelo acariciando con una mano la cabeza de Siao-chai.

Entusiasmados por sus palabras, los niños se echan a reír. Las risas sacuden de los árboles los copos de nieve, que se descuelgan sobre ellos como plumas.

Dos Siao Chüan

Las dos aldeas están separadas por una gran zanja. Al este de la zanja está Tungwangchuang, y al oeste Siwangchuang, dos aldeas que de lejos parecen una; el canto de los gallos y el ladrido de los perros pueden oirse de una aldea a otra. Los pajaritos se posan por igual en los árboles de ambas aldeas. El humo matutino abandona las chimeneas de ambos lados de la zanja y se reúne en el cielo. Se trata además de equipos de producción avanzados rivales, que a menudo compiten o se desafían. Una bandera roja se alterna de equipo en equipo siguiendo los vaivenes de la victoria. Durante la labranza primaveral, la bandera roja suele descansar en Tungwangchuang, y en el período del deshierbe de verano, en Siwangchuang. La producción de ambas aldeas se desarrolla con gran vigor.

En Tungwangchuang hay un muchachito llamado Siao Chüan, y en Siwangchuang hay otro cuyo nombre también es Siao Chüan. El primero es apodado "El Gordo" y el segundo "El Bajo", y los tocayos son buenos comuneros, que trabajan activamente y cuidan bien la propiedad de los equipos. Al salir de sus casas, siempre se encuentran; con frecuencia cultivan y juegan juntos.

El año pasado, cierto día de otoño, los muchachitos de las dos aldeas jugaban a "capturar prisioneros" en la ladera. Para esto hicieron una banderita roja de papel y la aseguraron a una espiga de sorgo. Los bandos se consultaron y decidieron que quien capturara más prisioneros sería el vencedor, tomaría la bonita banderita roja que flameaba al aire, y la llevaría a su aldea. Jugaban con mucho entusiasmo, haciendo de fugitivos unos y de perseguidores otros. De pronto Siao Chüan el Gordo entró por descuido a un bosque de azufaitos silvestres, y no pudo salir, pues las agujas de esta planta se clavaban en su traje. Más se movía, más se le clavaban las agujas.

Al verlo, Siao Chüan el Bajo se alarmó y gritó a los compañeritos que estaban corriendo:
— ¡Eh! ¡Deténganse, vamos a salvar al Gordito!

Los compañeritos acudieron inmediatamente, sacaron las agujas que tenía clavadas y pusieron en libertad al prisionero del espinoso bosque.

Y el Bajo dijo al Gordito: — Si no te hubiéramos salvado, tendríamos ya más prisioneros que ustedes; la banderita roja nos pertenece. Acto seguido, la tomó y corrió hacia su aldea gritando: — ¡Eh! ¡Ya reconquistamos la banderita roja jugando a "capturar prisioneros"!, aunque nuestro equipo perdió durante la anterior cosecha de otoño.

En el invierno de aquel mismo año libraron una batalla con nieve al borde de la zanja. Hicieron otra banderita roja de papel y la colocaron sobre la rama de un árbol. Los bandos se consultaron y decidieron que el mejor combatiente sería el ganador, tomaría la banderita roja y la llevaría a su aldea. Jugaban con gran entusiasmo y las bolas de nieve volaban sobre la zanja, cuando de pronto Siao Chüan el Bajo, desprevenido, cayó zanja abajo sobre un montón de nieve, de la cual no podía salir, pues cuanto más trepaba más se le hundía bajo los pies.

Al verlo, el Gordo se asustó y llamó a gritos a sus compañeros de juego: — ¡Eh! ¡No tiren, vengan a salvar al Bajo!

Los amiguitos acudieron inmediatamente, comenzaron a separar el obstáculo y al fin lograron sacar al prisionero de la nieve.

Siao Chüan el Gordo dijo: — Si no lo hubiéramos salvado, habríamos peleado más fuerte que ustedes, y esta banderita roja nos pertenecería. Luego la tomó y corrió hacia su aldea gritando: — ¡Eh! Vencimos y conquistamos la banderita roja, a pesar de que nuestro equipo perdió ante Siwangchuang en la recolección invernal de abono.

Este año ambos Siao Chüan comprenden más cosas que el año pasado. Cuando están libres, el Gordo y sus compañeritos prestan ayuda y despliegan iniciativa en el trabajo del equipo; también el Bajo y sus amiguitos. Los dos muchachitos recogen las espigas de trigo en un campo muy cercano al límite de los dos equipos, compitiendo silenciosamente; ambos pastan bueyes en la misma ribera del río, compitiendo en secreto para ver quién cuida mejor a los animales y cuál los cría más gordos. . .

Cierto día, el jefe del equipo de producción de Tungwangchuang envió al Gordo a cortar hierba para el ganado, y por curiosa coincidencia,

el jefe del equipo de Siwangchuang encargó también al Bajo esa misma tarea.

El Gordo se sentía muy contento segando hierba para el asnito del equipo. A este animalito no le gustaba comer heno, y prefería la hierba tierna. Cuanto más la comiese más rápido engordaría y crecería para cargar eficientemente la cosecha del equipo el año próximo. El muchachito comió apresuradamente, tomó la hoz y la cesta y salió corriendo. Unos días antes, pastando asnos, había explorado y descubierto una zona de hierba muy alta, espesa y tierna en la ladera este de la colina; cortándola allí, podía llenar dos cestas cada tarde, en el mismo lugar, durante unos diez días.

Al Bajo lo alegraba cortar hierba para el ternero de su equipo, al que también le gustaba comer hierba fresca en lugar de heno. Cuanto más la comiese, más rápido crecería y engordaría para poder tirar de la rueda hidráulica que bombeaba el agua que regaría la tierra el próximo año. Terminada la comida, tomó una hoz y una cesta, y partió inmediatamente. Unos días atrás, mientras pastaba bueyes, había hecho una exploración y descubierto en la ladera oeste de la colina una zona donde la hierba crecía muy alta,

espesa y tierna, suficiente como para llenar dos cestas por tarde cortándola durante diez días.

Y los Siao Chüan se encontraron sobre el sendero, a la salida de sus respectivas aldeas.

— ¿Adónde vas? preguntó el Gordo.

— ¿Y tú?

— A segar hierba.

— Yo también.

— ¿Adónde vas a cortarla? ¿Sabes dónde está espesa?

— ¿Y tú?

Y el Gordo pensaba: no puedo revelarle aquel excelente lugar mío, pues si lo ve querrá segar la hierba conmigo y entonces en menos de cinco días acabaremos con todo. ¿Y qué comerá luego, nuestro asnito?

Y el Bajo también reflexionaba: no puedo mostrarle aquel buen lugar mío, pues si lo hago cortará conmigo y en menos de cinco días acabaremos con la hierba. ¿Y qué comerá entonces nuestro ternero?

Entonces el Gordito, moviendo la cabeza, dijo: — Estoy muy preocupado por no haber encontrado hierba tupida.

Y el Bajo se lamentó: — También estoy inquieto por lo mismo.

Y ambos muchachitos rondaron el valle de la colina esperando el momento de separarse el uno del otro.

El Gordo se detuvo al lado este del camino, frente a un campo de hierba muy rala, puso la cesta en tierra y dijo: — Anda a buscar hierba espesa y yo me quedo aquí para cortar aunque sea un poco.

El Bajo se detuvo al lado oeste del camino junto a un campo también ralo de hierba. Descansó la cesta y dijo: — Aquí me quedo, anda a buscar otro lugar.

El Gordo pensó: una vez que se marche, me escabulliré sigilosamente a mi parcela, alta y espesa, y llevaré de vuelta la cesta llena.

Pero el Bajo también pensaba: una vez que se marche, me escabulliré hacia la parcela de hierba alta, reuniré una cesta de hierba en un instante y se la llevaré al ternero.

Y los Siao Chüan, mirándose con el rabillo del ojo, cortaban lentamente la hierba rala y vieja, hasta que se puso el sol y llegó la hora de volver. Cada uno traía un puñado de hierba incapaz de cubrir el fondo de la cesta o servir de nido a un gorrión.

El Gordito andaba enojado: no he cumplido la tarea a causa de este Bajo. Caminaba y pensaba: pero de otro lado no se le puede culpar, pues si yo no hubiera mantenido el secreto, ambos traeríamos las cestas llenas.

Y también el Bajo andaba enfadado: no he cumplido la tarea por la persecución del Gordito. Caminaba y pensaba: pero de otro lado, no puedo quejarme; si yo no hubiera guardado el secreto, ahora tendríamos hierba suficiente.

Después del "1° de Agosto", fiesta del Ejército Popular de Liberación, hubo una tempestad; después de la lluvia salió el sol y llegó la feria: los comuneros tuvieron un día de descanso y esparcimiento.

Sin descansar en casa, ni juguetear en la feria, Siao Chüan el Gordo va a cuidar la tierra cultivada, pues teme que las personas que acudan a la feria pisoteen las plantas del borde del camino. Lo mismo teme Siao Chüan el Bajo.

En las parcelas contiguas de los dos equipos se plantó algodón, y la siembra ya da frutos que parecen resplandecientes esmeraldas. Con el otoño llegará la blancura a todos los algodonales, y habrá una cosecha abundante. Alegremente

el algodón será cosechado y transportado a la ciudad. Entre aquellas parcelas cruza un sendero sumido que conduce al poblado, y al que flanquea — como en andenes — la tierra cultivada; allí se estanca el agua y se forma el lodo después de la lluvia. Los que van a la feria no pueden utilizar el sendero y se ven obligados a transitar por el borde de las parcelas pisoteando, quebrando las plantas del algodón de estos lugares.

Esto preocupa mucho al Gordo, quien concibe una idea y regresa inmediatamente a casa.

También el Bajo se inquieta; lo asalta una idea, y corre de vuelta a casa.

Poco después, los muchachitos se encuentran en el bosque de azufaitos.

— ¿Adónde vas? pregunta el Gordo.

— ¿Y tú?

— Quiero cortar ramas de azufaito para extenderlas sobre el sendero a fin de que la gente no pisotee el algodón de la parcela, dice el Gordito.

— Yo quiero hacer lo mismo.

— No eres más que un copión.

— ¡Tú eres el copión!

Los muchachitos riñen, pero sólo un corto tiempo, pues ambos están preocupados por el

sendero, los peatones y la suerte de los sembríos. Cada uno corta un haz de azufaito y se lo lleva.

Al llegar al borde de las parcelas se sorprenden: una parte del sendero, donde había agua estancada, ya ha sido rellenada con tierra y está a la misma altura que las parcelas.

— ¡Apártense!

— ¡Cuidado!

Los dos compañeros se sorprenden al oir los gritos detrás suyo; vuelven la cabeza y ven que el hermano del Gordo y la hermana del Bajo vienen sudando, arrastrando una cesta llena de tierra.

Lanzándoles una mirada, el hermano del Gordo exclamó: — ¡Eh! ¿Qué hacen con esas ramas de azufaito?

— ¿Para qué sirven esas ramas? — preguntó también la hermana del Bajo.

Ambos muchachos callaron.

Hasta que el hermano comprendió y dijo: — Quieren cubrir el sendero con estas ramas de azufaito y prohibir el paso a la gente. ¿No es cierto?

— Y dañarán con ellas a quienes pasen por el borde de la parcela, ¿o no? preguntó la hermana.

Y entonces vaciaron la tierra de la cesta que venían cargando sobre la parte de agua estancada del sendero.

— Son dos tontos localistas, dijo el hermano.

— No sólo deben preocuparse por el cultivo, sino también por las personas que pasan, agregó la hermana.

De pronto los dos Siao Chüan, muy callados, oyeron gritos, llamadas y risas. Volvieron la cabeza y vieron a muchos compañeritos de las dos aldeas cargando con júbilo varias cestas de tierra.

— Miren a los demás y véanse Uds., dijo la hermana.

— Lo que ellos hacen está bien, añadió el hermano.

En ese momento llegó una muchedumbre: hombres que llevaban sobre los hombros pértigas con cargadas cestas y otros que viajaban sobre asnos. También llegaron andando algunas ancianas acompañadas de niños. Todos pasaron por el sendero recién restaurado, elogiando sin cesar:

— Son buenos chicos; si no hubieran restaurado el sendero, se habrían ensuciado de lodo mis zapatos nuevos.

— Han gastado sus fuerzas, pero con ellas facilitan el tránsito de los demás, y también protegen los cultivos.

Los tocayos se miraron enmudecidos, leyéndose mutuamente el pensamiento. Entonces tomaron las cestas de sus hermanos.

— Descansa un poco, hermano. Déjame acarrear unas cuantas veces con Siao Chüan el Bajo.

— Hermana, descansa un poco. Voy a cargar unas cuantas veces con Siao Chüan el Gordo.

Llevaron la cesta juntos, y corrieron por el campo después de la lluvia.

Libros prestados

Yun-yun se enojó con Yu-ting.

Eran buenas amigas. Desde el primer curso hasta el sexto, iban a la escuela y volvían a casa siempre juntas; y este año han empezado a participar simultáneamente en el trabajo del equipo de producción agrícola, fraternizando como verdaderas hermanas. Por eso cuando alguien preguntó a Yun-yun por qué se había enfadado con Yu-ting ella respondió, enrojeciendo: — es muy avara, tiene unos libros y no le gusta que se los pidan prestados. No quiero leer más los suyos. Escribiré en seguida a mi papá para que me compre muchísimos.

Y efectivamente cierto día su padre le envió desde Pekín muchos libros nuevos. Al salir el sol, Yun-yun fue al correo local de Pangchün para reclamar el paquete. A pesar de que era día

de descanso para el equipo de producción, y a pesar también del bullicio de la feria, Yun-yun, evitando diversiones y paseos, volvió directamente a casa con los libros, sin detenerse ni un instante por el camino.

Para alegría de Yun-yun, los libros enviados por su padre eran mucho más interesantes y bonitos que los de Yu-ting. "De hoy en adelante", pensó Yun-yun, "puedo leerlos a gusto y también podrán hacerlo mis amiguitos. No seré tan avara como Yu-ting".

En realidad, Yun-yun se enojó con Yu-ting a causa de un libro prestado.

Cierto día, Yun-yun pidió prestado a su amiga un libro y lo llevó donde su abuela. Cuando volvió a su casa, olvidó traer el libro. Al enterarse, Yu-ting se molestó un poco.

— Yun-yun, no has debido abandonar así el libro; anda a recogerlo en seguida.

— Te lo devolveré cuando mi madre vaya a la feria y me lo traiga. ¿Está bien?

— Pero si te demoras y se pierde, ¿qué vamos a hacer?

— Te pagaré.

— Aunque me pagues, ya se habrá perdido, lo cual sería una lástima, pues muchos amiguitos aún no lo han leído.

Yun-yun se molestó. Después del almuerzo, desafiando al sol, fue donde su abuela por el libro. Volvió con él, fue a casa de Yu-ting y lo lanzó por la puerta sobre su *kang*.* Esta lo recogió y examinó minuciosamente, lamentando que se hubiera ensuciado y arrugado. Yun-yun, roja de ira, dio media vuelta y se marchó. Esta es la historia del enojo con Yu-ting.

Ahora Yun-yun corre por el camino con los libros enviados por su padre. La aldea está cerca y llegará pronto, una vez que cruce el sandial.

El anciano que cuida las sandías está abriendo una y ofrece a Yun-yun una porción.

Sedienta, la muchachita entra a la cabaña, recibe un pedazo de sandía de manos del anciano, lo toma con mucha dificultad en una mano, mientras en la otra sostiene los libros, temiendo ensuciarlos. ¿Dónde los puede poner? En el suelo hay polvo, y sobre la tabla de trinchar los mancharía

* *Kang*: cama de ladrillo, calentada en invierno por debajo, y utilizada como cama y para otros usos en las casas del norte.

el jugo de la fruta; entonces dice: — Abuelo, por favor, sosténme estos libros.

El anciano los toma y los abre cuidadosamente.

— ¡Cuidado, abuelo, no los rompas! exclama Yun-yun.

— Libros tan bonitos, vale la pena cuidarlos bien, dice él sonriendo y cierra los libros.

— Cierto que son muy bellos, responde satisfecha la muchacha.

— ¿Son de Yu-ting? pregunta el anciano.

— ¿Quién te ha dicho eso? responde Yun-yun contrariada.

— Es que los veo muy limpios, y sé que ella cuida bien sus cosas, tanto la ropa como los otros objetos, sean propios o ajenos. Deberías aprender de ella con modestia, aconsejó, siempre con una sonrisa, el abuelo.

Yun-yun le lanzó una mirada atravesada y protestó: — Pero es avara.

Tomó los libros y se marchó hacia la aldea.

Sus amiguitos la esperaban bajo una gran acacia a la entrada de la aldea; entre ellos estaban Chin-chu, Juai-chen, Siao-wang y su hermanito.

Yun-yun se sintió muy contenta al ver que Yu-ting también estaba allí, pues podría repartir delante de ella sus libros entre sus amiguitos, dejándole ver muy claramente que ya tenía libros nuevos y que en adelante no volvería a pedirle ninguno prestado.

Con todo esto en mente, Yun-yun enarboló su cartera de mano desde lejos y gritó: — Vengan rápido, aquí tengo muchísimos libros nuevos.

Todos la rodearon saltando de alegría, abriendo la boca de asombro al ver los flamantes libros de su amiga.

Echándolos sobre el césped y enjugándose el sudor, Yun-yun dijo generosamente: — Escojan los que quieran y tomen cuantos deseen.

Chin-chu tomó el "Cuento de Tung Tsun-yui" y un libro para niños; Juai-chen escogió "La heroica vida de Liu Ju-lan", y los hermanos Siao-wang, dos libros cada uno.

Yun-yun se sintió muy feliz al ver que sus amiguitos elegían los libros con alegría, como si obtuvieran algo precioso. Y al advertir que Yu-ting también tomaba un libro, le dijo: — Toma uno más, puedes elegir a tu gusto.

— Con uno basta; lo cambiaré por otro después de leerlo, respondió Yu-ting.

Yu-ting es un año mayor que Yun-yun; su padre es el guardián del almacén del equipo de producción; y su madre la jefa del grupo de ocupaciones auxiliares. Muy parecida a sus padres, Yu-ting es sosegada y de pocas palabras.

El sol brilló en el cielo, el viento amainó, y los pajaritos enmudecieron. Los amiguitos se dispersaron bajo la silenciosa sombra de la acacia, unos tendidos en el prado, otros sentados sobre un montículo, pero todos embelesados por los libros recién llegados. Los amiguitos se llevaron casi todos los libros y a Yun-yun sólo le quedó una pequeña colección, muy delgada, de "Nuevas canciones infantiles".

Al mediodía, las madres, desde la puerta, llamaron a sus niños a comer.

Al oirlas, los amiguitos recogieron apresuradamente los libros y demás enseres. Entonces Yun-yun vio a Chin-chu enrollando el flamante libro "Cuento de Tung Tsun-yui" en su bolsillo; al mismo tiempo vio a Juai-chen tirar un libro nuevo al suelo, recogerlo con las manos sucias de llevar el cordero, y agitarlo como abanico. Todo esto le dolió como una punzada en el corazón.

Yun-yun volvió a casa a comer.

— ¿Dónde has puesto los libros recién llegados? preguntó su hermana.

— Ciertamente no sabes cuidar bien tus cosas, añadió su hermano mayor.

Unos días antes Yun-yun los habría contradicho, pero esta vez no dijo nada; con un tazón en la mano y mascando la comida, y fijó sus ojos sobre la mesa, como si ante ella reaparecieran el "Cuento de Tung Tsun-yui" arrugado en el bolsillo de Chin-chu, y "La heroica vida de Liu Ju-lan" que utilizó Juai-chen como abanico. Comió un solo tazón de arroz; sus manos volaron por aquí y por allá sin saber dónde posarse. Se sentó sobre una banqueta y empezó a leer sus "Nuevas canciones infantiles".

Su pequeño sobrino llegó tambaleándose como un pato, y al ver la cubierta multicolor del libro se lanzó sobre su tía tratando de arrancárselo. De un salto Yun-yun se refugió en la habitación, pero al poco tiempo le vino una idea: el hermanito de Chin-chu es más travieso que mi sobrino; si ve el "Cuento de Tung Tsun-yui" sin duda alguna lo pedirá, y en sus manos se destruirá completamente. A la hermanita de Juai-chen le gusta destrozar libros, y nada menos que

el año pasado hizo pedazos el manual de matemáticas de su hermana. . .

Más pensaba, más se inquietaba. Guardó las "Nuevas canciones infantiles" en la cajita y salió corriendo.

Entró al patio de Chin-chu y encontró a éste comiendo.

— Chin-chu, déjame leer primero el "Cuento de Tung Tsun-yui", murmuró Yun-yun.

— Aún no lo he terminado, contestó Chin-chu, mascando su comida.

— Le doy una mirada y te lo devuelvo. ¿Estás de acuerdo? insistió Yun-yun.

Chin-chu dejó el tazón y entró a la habitación para buscar el libro, pero no lo encontró sobre el *kang*, ni en la caja, ni sobre la mesa; salió al traspatio y vio a su hermanito jugando con el libro. Se lo pidió, pero el pequeñín se negó hasta que, acosado, por fin aceptó entregarlo.

Yun-yun enrojeció y se marchó torciendo la boca.

Juai-chen, sentada frente a su casa, estaba leyendo con entusiasmo "La heroica vida de Liu Ju-lan".

Yun-yun se le acercó corriendo y le dijo: — ¡Devuélveme el libro!, y arrancándoselo de las manos se lo llevó.

Juai-chen la persiguió hasta la puerta, gritando enojada: — Todavía no lo he terminado. ¡Avara, avarienta!

Yun-yun se alejó sin volver la cabeza, mas cuando oyó las palabras de Juai-chen fue como si le hubiera dado un golpe en la cabeza y se detuvo bruscamente. Mirando los libros que llevaba en la mano, murmuró: — ¿Soy una avara? Se sintió tan triste que estuvo a punto de llorar. Sintió los pies muy pesados, como si llevara dos grandes piedras, y tuvo mucha dificultad para dar un paso más.

— ¿Has comido? le preguntó una voz.

Yun-yun levantó la cabeza y vio a Yu-ting, que llevaba en la mano un libro forrado con una cubierta de papel periódico, sobre la que notó, escrito en caracteres bien alineados de color rojo, el título: "Cuentos de los jóvenes héroes". Justamente este era el libro que Yu-ting le había pedido.

— Quiero hablar contigo, dijo Yu-ting.

— Habla.

— Eres amable con los amiguitos y ayudas a menudo a los demás. . .

— Soy avara. . ., murmuró Yun-yun.

— A veces sí, pero otras veces eres demasiado generosa. Eso no está bien.

Yun-yun bajó la cabeza y empezó a patear unos guijarros.

Yu-ting cogió una de sus manos y le dijo: — Ven conmigo a casa y te mostraré una cosa. Entraron al patio y llegaron al cuarto norte, donde descansaba un cajón cubierto por una cortina de tela. Yu-ting la quitó y Yun-yun se sorprendió mucho al ver el fondo del cajón.

El cajón estaba dividido en tres pisos, tenía anaqueles y era muy parecido a un estante de libros. En la parte superior había ordenados unos libros forrados en papel, y en el lomo de cada libro el título correspondiente.

Yu-ting tomó un cuaderno y lo abrió ante Yun-yun diciendo: — Los que están en el anaquel superior son los míos y los he registrado en el cuaderno. Forra los tuyos en papel y regístralos aquí, y los pondremos en la parte de abajo. Y si otros quieren juntar sus libros con los nuestros, también los registrarán aquí y los pondrán en el piso inferior. Así podremos reunir muchos

libros. Luego acordaremos juntos algunas reglas para evitar su destrucción, y los protegeremos bien para leerlos por mucho tiempo. Además, elegiremos dos bibliotecarios y pondremos los libros en su casa. Los que quieran leer, se los pedirán prestados a ellos. . .

Yun-yun escuchó silenciosamente y se emocionó; estrechó la mano a Yu-ting y le dijo:
— Me encanta la idea, estoy totalmente de acuerdo. Vamos a reunirnos con nuestros amiguitos.

Unos días después se estableció la pequeña biblioteca, y las dos amigas fueron las primeras bibliotecarias.

Aves canoras en el árbol

Sobre el árbol cantan los pájaros y bajo sus ramas ríe un muchacho.

¿Por qué las armoniosas avecillas cautivan nuestros oídos? Porque tienen las plumas bien crecidas y desean volar por el cielo.

¿Y por qué el muchacho está tan alegre? Bueno, pues porque ya empezaron las vacaciones, y con ellas las labores agrícolas, y él va a trabajar en el campo.

La gente que pasa por allí para ir a su trabajo saluda al niño: — Ta Mang, ¿por qué te quedas allí?

— Espero a mi abuelo, contesta el chico.

— ¿Y qué trabajo vas a hacer?

— Voy a vigilar el trigal con mi abuelo.

Ta Mang, con una caña de bambú en una mano y una cantimplora en la otra, mejillas rubi-

cundas y pecho erguido, echa una mirada al cielo y otra a la tierra. Mira a los comuneros que pasan por allí, y vuelve a reír.

Este es su tercer día de trabajo.

En el primero fue con su papá a pastorear ganado a orillas del río "Gallo de oro".

Los animales comían pasto verde y se movían con lentitud. Había bueyes, algunos burros grises, dos caballos de pelambre rojiza y tres gigantescos mulos negros.

El papá dijo a Ta Mang: — En 1953 cuando establecimos la cooperativa agrícola, nuestro equipo de producción sólo tenía tres burros y dos bueyes; ahora tenemos cantidad de caballos y mulos. Sin la comuna popular, ¡no hubiéramos podido conseguir un desarrollo tan rápido!

Y luego aconsejó al muchacho: — Tú también eres miembro de la comuna, debes amarla y servir de todo corazón sus intereses.

En el segundo día fue con su hermano mayor a sembrar frijoles en las tierras del noroeste, una vasta planicie verde con plantas bien crecidas: sorgo, maíz, cacahuete y sésamo.

El hermano dijo a Ta Mang: — Antes estas tierras eran salinas y alcalinas, con pasto de duras cerdas. No crecía en ellas ningún cereal. La

comuna, con más gente y más recursos, construyó un gran embalse y utilizó el agua para limpiar estas tierras, que en sólo dos años se han vuelto feraces. Sin la comuna, ¡quién hubiera soñado cosas tan buenas! De aquí a algunos años incluso se convertirán en arrozales.

El hermano continuó: — Ya eres miembro de la comuna, tienes que amar tu trabajo. No debes escatimar tus fuerzas ni temer las penurias.

Ta Mang es un niño inteligente y guarda en su cabeza las palabras paternales y fraternas. Recuerda sus consejos. Quiere aprender a manejar tractores, a plantar arroz. ¡Qué alegre será todo eso! Desea ser un buen comunero, amante de la causa colectiva. Su padre y su hermano lo elogian por su capacidad, ¡sólo el abuelo lo critica! ¡Hoy empleará toda su fuerza para demostrarle su capacidad!

El abuelo viene con una pértiga al hombro y una hoz brillante en la mano; es de gran estatura, barba larga, cejas nevadas. No representa mucha edad, a pesar de sus setentitantos enérgicos años. Al llegar donde Ta Mang le pregunta: — ¿Has traído la cantimplora?

— Sí, está llena de agua.

— Bien, bien, pues no volveremos hasta el anochecer. Al mediodía tendremos comida y agua, para no sentir muy seca la garganta, explica el abuelo.

Sobre las laderas de junio las blancas flores silvestres estallan como nubes y las plantas de mijo ondulan verdes como un mar profundo. Los retoños de trigo tienen ya las espigas maduras. El valle y los colores. . . todo bellísimo.

En el valle hay un campo de trigo, amarillo como el oro, de espigas erguidas, repletas y apretadas.

El abuelo fuma en cuclillas a la sombra de una pequeña palma datilera; dice a Ta Mang: — Vigila aquí el trigal, pues cuando se eleve el sol, los pájaros vendrán a comerse los granos.

El chico asiente con la cabeza y pregunta al abuelo que parte: — Abuelito, ¿qué vas a hacer?

— Un buey ha caído enfermo, y no puede comer forraje seco. Voy a cortar hierba tierna para alimentarlo.

— Bueno. Anda. Yo me quedaré vigilando el trigal. Los pájaros no se atreverán a volar por aquí; y si vienen los ahuyentaré con esta larga caña de bambú.

El abuelo asiente y sonríe, pero no sale en seguida. Echa otra bocanada de humo y observa el trigal. De pronto pregunta al niño: — ¿Sabes para qué servirá el trigo de esta tierra?

— Para semilla. Ya sabía hace mucho que el próximo año sembraremos este tipo de trigo en todas las tierras contiguas, responde Ta Mang.

— ¿Qué tipo de semilla es éste? insiste el anciano.

El chico no pudo contestar, y quedó pensativo.

— Ah, eso sí ya no lo sabes, ríe el abuelo al verlo.

— Dímelo una sola vez y podré recordarlo.

Lanzando humo blanco y con los ojos semiabiertos, el abuelo habla sobre la tierra.

— Hace tres años, el joven agrónomo del equipo se alistó en el ejército, pero siempre tuvo como preocupación constante los asuntos del equipo de producción. Cierta vez llegó durante una marcha militar, a quién sabe qué rincón del noroeste, donde vio un tipo de trigo resistente a la sequía y adecuado a las tierras montañosas. Pidió unas cuantas espigas a la comuna del lugar y las envió en sobres a nuestro equipo. Aquel mismo

otoño, el jefe del equipo las sembró, y cosechó algo así como un tazón, que volvió a sembrar en los años siguientes, hasta reunir tres *sheng*, que a su vez sembró en este trigal; así este año se podrá cosechar algunos *tou* y en otoño podremos sembrar este tipo de trigo en todas nuestras tierras. Entonces, el año que viene aumentará la producción, y con ella los ingresos de los comuneros. Asimismo, el equipo tendrá más excedente de grano para vender al Estado.

El chico escucha extasiado el relato de su abuelo; con sus ojos negros bien abiertos, observa parpadeando aquel semblante surcado de arrugas.

Al terminar su relato, el abuelo se levanta, echa una mirada hacia más allá de la cima del monte y añade: — Los pájaros malvados se ensañan con las espigas de trigo; en tres o cuatro días empezaremos a cosecharlo. Debemos protegerlo bien y no dejar ni un grano a esas malditas aves.

El abuelo descansa su mirada en el muchacho, y sus ojos parecen decirle: — Ta Mang, voy a probarte; vamos a ver si eres algo más que un rapaz travieso y perdido en sus jugueteos. Vamos a ver si cuidas el trigo comunal. Acto seguido, se pone la pértiga al hombro, toma la hoz y parte

hacia el norte. Al llegar a una colina se detiene y vuelve la mirada, como si no se sintiera completamente tranquilo.

El muchacho no dice nada y toma mentalmente una decisión: "Cuidaré bien el trigo y no dejaré a los pajaritos llevarse ni un grano". Deja la cantimplora al pie de la pequeña palma datilera y se pone de pie junto al campo, erguido como un joven combatiente.

El sol se ha encaramado en el cielo; sus infinitas hebras doran los valles, los trigales, los grandes bosques y los pequeños matorrales, las aldeas, el cristalino arroyo que circunda la montaña como una serpiente de plata que se quiebra en olas de alegría.

"Tui tui, tua tua, tui tui, tua tua, tua. . ."

Una nube de aves sobrevuela al muchacho como un torbellino y se detiene en el borde oeste del trigal.

Alerta, "¡Cho! ¡Cho!" Ta Mang se lanza gritando hacia allá con la caña de bambú.

Al verlo blandiendo su arma, los pájaros asustados elevan vuelo hacia el borde este.

Y Ta Mang vuelve a gritar: — ¡Os! ¡Os! espantándolos.

Presas del pánico, los pájaros despegan y vuelven al oeste.

El chico va y viene para ahuyentarlos. Las aves despegan y se posan y vuelven a despegar y a posarse de nuevo. Todo esto hace jadear a Ta Mang: gruesas gotas de sudor perlan su frente. A pesar de tanto calor y cansancio, Ta Mang no quiere detenerse ni un momento. Mientras corre, se enjuga la transpiración del rostro, y piensa: el trigo es propiedad colectiva y servirá de semilla para la próxima siembra. Aquel soldado del Ejército Popular de Liberación envió las primeras semillas desde lugares muy lejanos, el viejo jefe del equipo las sembró, y se ha ido acumulando poco a poco hasta alcanzar una cantidad considerable. Desde el otoño pasado empezó a traer abono, a labrar la tierra y a sembrar; en esta primavera los comuneros removieron el campo con azadas y añadieron fertilizante. Al despuntar las espigas apareció una plaga de insectos y los comuneros debieron fumigar tres veces. Y ahora se va a cosechar. ¡Cuánto esfuerzo se ha invertido para lograr todo esto! El jefe del equipo envía a Ta Mang a proteger los frutos de la labor de los comuneros, lo cual implica gran confianza en el muchacho. Si no vigila bien, y deja a las aves

diezmar los granos, ¡qué lástima sería y qué vergüenza caería sobre él!

Cuanto más sopesa Ta Mang esta realidad, más fuerza cobra. Siente menos calor y cansancio del que tiene en realidad. Volando, sus pequeñas piernas corren hacia el este y vuelven a correr hacia el oeste. ¡Y con tanta prisa! El viento hace flotar su traje, haciéndolo casi restallar. ¡Cómo se parece a un aguilucho que persigue a la bandada!

Corre y corre, y de pronto le viene una idea.

Ta Mang corre hacia el borde este del campo con su larga caña de bambú, le pone encima un sombrero de paja y le ata el pañuelo rojo; después la fija allí. El viento mueve el sombrero, el pañuelo flamea, y los pájaros asustados elevan vuelo hacia el oeste de la tierra.

Nuestro amiguito corre hacia allí y se detiene. Al verlo, los pájaros emprenden el vuelo y no se atreven a posarse en ningún lado. El muchachito ríe a carcajadas y aplaude. Al levantar la mirada, ve al abuelo asomar por el lomo de la montaña, con la hoz en una mano y la otra sobre las cejas para protegerse de los destellos del sol. Está observando a Ta Mang y un instante después desaparece.

Nuestro muchachito dice para sus adentros: en este momento el abuelo debe estar muy contento y diciendo "nuestro Ta Mang es muy capaz".

¡Pero nuestro muchachito debe tener mucho cuidado!

Y aquí viene su gran error. Brinca y salta de alegría, aplaudiendo: "¡Ya no tienen salvación los pajarracos! ¡Ya no se atreven a posarse los pajarracos! Jamás se atreverán a comerse los granos de trigo los pajarracos." Brinca y salta, y en un descuido echa la cantimplora por tierra de un puntapié.

La cantimplora cae y el agua se derrama a borbotones.

Ta Mang se apresura a levantarla y logra salvar un poco de agua, por lo menos unos cuantos tragos.

No se sabe cómo el sol logró elevarse tan alto e irradiar ese calor de hoguera; tanto calienta que las briznas de hierba se enrollan y las piedras arden. Nuestro muchacho siente una temperatura sofocante y por su cuerpo pasan cien arroyos de sudor.

Ta Mang tiene mucha sed, corre hacia el pie del árbol, toma la pequeña cantimplora, la agita, y confirma que no queda mucha agua. Debe dejarla para el abuelo. Se lame los labios y deja el recipiente. Vuelve al borde del campo. Fija los ojos en las espigas de trigo que se mecen, piensa en esto y en aquello, se esfuerza por no pensar en la cantimplora, pero no lo logra; por más que la aparta, ella vuelve a su mente. La sed es tanta que de la boca siente salir un humo.

Ah, sí: cantar. Con el canto se olvida la sed.

Somos los pequeños comuneros
Que a hombros mil jin* *cargamos,*
A la comuna como un hogar amamos,
Muy bien nos portamos
Y las dificultades no tememos;
Como activistas trabajamos. . .

Pero ¡quién hubiera pensado que cantar le daría más sed! Ahora siente la boca llena de aserrín, y la lengua inmóvil resiste todo esfuerzo que hace para moverla.

Corre nuevamente hacia el pie del arbolito y vuelve a tomar la cantimplora. La agita y le contesta un sonido como "jua la la". La agita de

* 1 *jin* = ½ kilo.

nuevo y oye el mismo sonido. ¡Qué bonita voz! Ta Mang comprende, por primera vez cuán seductora es el agua.

¿Qué hacer? Ya no soporta más.

Nuestro amiguito echa una mirada al río "Gallo de oro", de aguas muy claras. ¡Qué belleza! El otro día había ido con su hermano a beber agua allí, y éste había hecho un pequeño cucurucho con una hoja de ricino; el agua había sido tan dulce como fresca, y el recuerdo le hace relamerse los labios.

Entonces le llega otra idea: Si corre hasta el río, allá podrá saciar su sed.

Y justo cuando empieza a correr oye unos sonidos, "tui tui, tua tua", que vienen desde atrás. Se detiene, vuelve la cabeza y ve que aquella turba de malvados pájaros aprovecha la oportunidad para volar hacia el sitio del que nuestro muchacho ha partido.

Ta Mang vuelve corriendo. "¡Huichi!", "¡huichi!" agita los bracitos para espantar a las aves.

Una vez más los pájaros retroceden hacia la lejanía.

Nuestro amigo vuelve a correr hacia el pie de la montaña, hacia el pequeño río que resplan-

dece de hebras plateadas, guiñándole un ojo de agua a nuestro Ta Mang. El muchacho se imagina ya estar oliendo la frescura del torrente y saboreando su dulzura. ¡Qué seductora es! Y así corre y corre. El río alarga un brazo para acoger a nuestro amiguito. . . De pronto se detiene como agarrado por alguien, vuelve la mirada hacia el trigal y ve destellos de oro entre los granos: también el trigal hace guiños a nuestro Ta Mang. El muchacho parece haber oído el susurro de las espigas o haberlas visto disgustadas. Las espigas lo atraen, y él regresa caminando y caminando. Las espigas vuelven a mostrarle el rostro alegre.

Los pájaros están a punto de volar hacia allí. Ta Mang agita los brazos para ahuyentarlos.

Se lame los labios resecos. Da puntapiés a las pequeñas piedras del camino, sin hallar remedio para su sed. Pero ¿cómo saciarla?

Otra idea: correr rápidamente y volver tras tomar un gran sorbo, sin necesidad de cucurucho de hoja, pues eso exige demasiado tiempo; basta con la mano. Y aunque los pájaros se posen sobre el trigal, no lograrán comerse muchos granos, pues el campo es extenso, y nadie sabrá cuántos granos se perdieron.

Pero Ta Mang menea la cabeza. Nuestro amigo ha venido a proteger el trigo. Si por un sorbo de agua deja a los pájaros comerse el grano, ¡qué vergüenza!

El muchacho siente que el rostro le arde, y que las espigas se agitan como si fueran innumerables ojos: ojos del soldado del EPL, ojos del viejo jefe del equipo de producción, ojos del padre y del hermano, y ojos del abuelo . . . ojos que se fijan en Ta Mang como si le preguntaran: "Ta Mang, vamos a ver si eres un comunero honrado, vamos a ver si amas verdaderamente a la comuna."

Nuestro Ta Mang es un niño honesto, también un pequeño campesino honrado. Los comuneros correctos aman a la comuna tanto delante como a espaldas de los demás.

Ta Mang permanece allí, inmóvil, con la boca bien cerrada, a pesar de la garganta reseca y la sed inaguantable.

El sol brilla soltando sus abrasadores rayos, mientras las pequeñas briznas de hierba se enrollan, y de las piedras brota un vaho espeso.

El abuelo vuelve a aparecer sobre el lomo de la colina, con dos montones de hierba verde a los

extremos de la pértiga, balanceándose como alas a cada paso que da.

Entonces grita desde lejos: — Ta Mang, ¿ya sientes hambre?

Ta Mang, con los ojos bien abiertos, no logra contestar.

El abuelo llega hasta el árbol, deja su carga, enjuga el sudor de su frente, mira el trigal, y ve la larga caña de bambú con el sombrero de paja y el pañuelo rojo. Se ríe y dice: — Buen truco es éste. Nuestro Ta Mang es inteligente. Saca de la bolsa de viandas un panecillo y lo parte.

— Ta Mang, comamos.

El niño contempla la mitad que le ofrece el abuelo y la rechaza, con la cabeza.

Tras comer dos bocados, el abuelo toma la cantimplora, la agita, y pregunta: — ¿Has bebido tanto que sólo queda este poquito? Luego bebe un buen trago y vuelve a decir a su nieto: — Ven a beber un poco más.

Ta Mang rechaza otra vez con la cabeza.

— ¿No quieres más?

El nieto menea la cabeza.

— Entonces ven a comer, insiste el viejo.

Ta Mang muerde un bocado, pero las migas del panecillo no se deslizan por su garganta, sino que se remueven en su boca como arena.

Al ver manchas húmedas en el suelo, el abuelo exclama asombrado: — ¿Con qué no has tomado agua y la has derramado toda?

El niño no se contiene y derrama esta vez sus lágrimas.

El abuelo, sin saber qué hacer, pregunta: — ¿Pero no has ido al río a beber?

— No. Si me hubiera ido de aquí, los pájaros habrían venido a dañar la cosecha. ¿Qué otra cosa podía hacer? responde Ta Mang moviendo la cabeza.

— Bébela, bébela, el abuelo asiente con la cabeza y ríe. Ahora todo está claro para el anciano. Abraza al nieto y le pasa la cantimplora.

Ta Mang se frota los ojos, volviendo a rechazar con la cabeza.

— Este abuelito te deja beber. Después que termines vigila a los pájaros, y yo voy a llenar la cantimplora, y entonces volveremos a comer — le dice.

Mira a su abuelo: tiene los ojos entreabiertos con bondad y aprobación. Toma la cantimplora y apura un sorbo de agua. ¡Qué dulce es!

El viejo pasa la palma de su mano sobre la cabeza del nieto y le dice: — Bébela, bébela. Es lo que tu abuelito te obsequia, nieto mío. Te has portado muy bien.

El viejo se dirige hacia el pequeño río que corre al pie de la colina.

Ta Mang, mira al abuelo, luego vuelve la vista hacia el trigal, y vuelve a reír.

INDICE

El saltamontes ventrudo	1
La gallina coloreada	20
Grandes muñecos de nieve	31
Dos Siao Chüan	40
Libros prestados	52
Aves canoras en el árbol	63

树 上 鸟 儿 叫

浩　　然　著

张德育　张汝为　丁富年插图

*

外文出版社出版　（北京）

1974年（32开）第一版

1977年第二版

编号：（西）10050—778

00075

10—S—1311P